

LUIS SUAREZ SALAZAR. Lic. Ciencias Políticas, Director del CEA.

**La política de la Revolución  
Cubana hacia América Latina  
y el Caribe: notas para  
una periodización**

**La política exterior de Cuba hacia la región ha estado regida por la  
búsqueda de un destino latinoamericano común, sustentado en la  
independencia y la justicia social**

**I. INTRODUCCIÓN**

Resulta imposible comprender los desarrollos de ninguna de las facetas de la política exterior de la Revolución Cubana sin algunas referencias preliminares acerca de los *problemas históricos* que ha tenido, y aún tiene que resolver la revolución que se desarrolla en nuestro país desde el Primero de enero de 1959 y sin aludir a las circunstancias internas y externas que han rodeado la construcción de la primera democracia socialista en el hemisferio occidental y condicionado, por ende, los medios, las formas y prioridades de su inserción en el escenario internacional.

En más de un cuarto de siglo la Revolución Cubana, liderada por el Comandante Fidel Castro, tuvo que lograr simultáneamente: a) la destrucción de las relaciones de subordinación y dependencia que uncían al país a la hasta entonces incuestionable hegemonía norteamericana; b) eliminar las desigualdades sociales heredadas de una regresiva y polarizadora distribución de las menguadas riquezas nacionales; c) realizar radicales transformaciones en el deformado sistema político del país y d) sentar las bases culturales, técnicas y materiales que permitieran en los menores plazos posibles la superación del subdesarrollo heredado de casi cinco siglos de dominación colonial y neocolonial sobre nuestra sociedad.

La solución de esas necesidades se realizó (y realiza) en medio de las complejas circunstancias creadas por la persistente y multiforme agresividad de los grupos dominantes en los Estados Unidos que, salvando breves periodos de distensión —como los producidos durante la primera parte de la administración de James Carter (1980-82)— persisten en tratar de destruir la Revolución y evitar que su ejemplo se proyecte en otras áreas del denominado Tercer Mundo, pero particularmente en América Latina y el Caribe, zonas injustificadamente proclamadas por la geopolítica norteamericana como “espacio vital” para la seguridad nacional y los intereses de los Estados Unidos.

Solucionar los *problemas históricos* antes enunciados exigió como condiciones imprescindibles y recíprocamente vinculadas entre sí la defensa de la soberanía del Estado-nación cubano, la realización de profundas transformaciones estructurales internas, el desplazamiento del control del Estado del bloque social burgués-terrateniente que, asociado a los círculos de poder estadounidenses, habían usufructuado la nación en casi sesenta años de vida formalmente independiente y la consolidación en el poder político del país de una amplia coalición popular que, hegemonizada por la clase obrera, garantizara la construcción y reproducción de una nueva formación económico-social: el socialismo.

La lógica ininterrumpida de ese complejo proceso histórico también se expresó en la aplicación por parte de la dirección cubana de una activa y multidimensional política exterior que reprodujera constantemente un amplio espacio de autonomía para la nación en el ámbito internacional y proyectara en este campo las aspiraciones de paz, desarrollo, independencia política y económica, nuevo orden económico y político internacional, autodeterminación de los Estados, solidaridad entre los pueblos, arraigados en amplios sectores de la sociedad cubana. Esta proyección externa tenía que garantizar, a su vez, el derecho de nuestro pueblo a elegir las vías de su desarrollo pacífico, independiente y soberano.

Elemento orientador de la política internacional de la Revolución Cubana ha sido el sistema de *principios y objetivos* cuyo proceso de formación comenzó en la guerra civil que, con un marcado contenido de liberación nacional, se desarrolló contra la dictadura de Fulgencio Batista (1952-58), continuó incorporada a la política estatal inmediatamente después del triunfo popular de enero de 1959 y se consolidó en estos veintisiete años de transformaciones en la vida económica, social y política del país, en estrecha vinculación con el complejo contexto internacional que ha rodeado la construcción del socialismo en Cuba.

Estos principios y objetivos fueron sintetizados en la Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba y en las bases constitucionales de la política exterior de la República, refrendadas plesbicitariamente el 15 de febrero de 1960 por casi el 98% de los electores del país.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba: Tesis y Resolución*. Departamento de Orientación Revolucionaria del CC del PCC, La Habana 1976, pp. 103- 107; *Constitución de la República de Cuba*. Departamento de Orientación Revolucionaria del CC del PCC, La Habana 1976, pp. 17-20.

La forma virtualmente unánime<sup>2</sup> en que fueron aprobados estos preceptos constitucionales confirmó otra de las características de la formación de la política internacional de la Revolución Cubana: su carácter democrático.

Desde los primeros instantes del triunfo de la Revolución, este no sólo se expresó en el contenido, sino también en la forma que, en diferentes momentos históricos, adquirió la ratificación popular a los fundamentos de la misma. No ha habido definición externa del Partido y Gobierno de Cuba que no haya contado con el consentimiento activo y directo de la mayoría del pueblo cubano.

Las multitudinarias manifestaciones con que se refrendaron la Primera y Segunda Declaración de la Habana (1960 y 1962 respectivamente), así como la Declaración de Santiago de Cuba (1964), el amplio proceso de discusión de las tesis sobre la política exterior valoradas por el Primer Congreso del PCC, la consulta previa a la ciudadanía del Anteproyecto de Constitución de la República, las marchas del pueblo combatiente efectuadas en ocasión de los acontecimientos Embajada de Perú-Mariel (1980) y la amplia disposición y participación de decenas de miles de cubanos en actividades de solidaridad y cooperación internacional quedan, entre otros, como referentes de ese respaldo popular a los postulados básicos de la política exterior del país.

La activa participación de amplios sectores populares en el cumplimiento de los principios y objetivos de la política exterior de la Revolución ha sido una de las consecuencias de las transformaciones democráticas que, en todos los órdenes, se han producido en la sociedad cubana, y también de la decisión de la dirección política de la Revolución —y particularmente del Comandante Fidel Castro— de eliminar en su práctica la *diplomacia secreta* que habían aplicado los sucesivos gobiernos del país durante más de cincuenta años de república mediatizada por la hegemonía norteamericana. La *diplomacia abierta* realizada por el gobierno cubano constituye uno de los fundamentos del cumplimiento de los objetivos internacionales del Estado-nación. Se confirmó así, tal como afirmara Lenin, que son las masas las que determinan la fortaleza de un Estado. Este es “fuerte cuando las masas lo saben todo, pueden juzgarlo todo y lo hacen todo concientemente”.<sup>3</sup>

Este acertado principio fue reconocido en las Tesis y Resoluciones del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en diciembre de 1975, y

---

<sup>2</sup> La Constitución de la República de Cuba —y dentro de ella las bases constitucionales de la política exterior del país— fue aprobada por 5 473 534 ciudadanos, votaron en contra 54 070, se abstuvieron cerca del 2% de los votantes posibles.

<sup>3</sup> Los términos *diplomacia secreta* y *diplomacia abierta* parten de las definiciones leninistas con relación a las características de la política exterior del socialismo. Puede verse Vladimir Ilich Lenin; *Obras escogidas* en 2 t., Ed. Progreso, Moscú, 1970, t. 2, p.492

en particular en la Plataforma Programática, que desde entonces hasta ahora ha guiado la acción interna e internacional del Partido y el Gobierno cubanos. La Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba estableció como objetivos fundamentales de política exterior la consolidación y desarrollo de las conquistas de la Revolución Cubana, el aseguramiento de su defensa y el fortalecimiento de la posición internacional de Cuba y de la comunidad socialista. En consecuencia, declaró su propósito de participar en la lucha contra el imperialismo y de contribuir a eliminar todas las formas de colonialismo, neocolonialismo y otras manifestaciones de opresión y sojuzgamiento de los pueblos y los hombres, así como el de unir a todas las fuerzas que combaten por el logro de similares objetivos. En ese contexto, expresó también la decisión de prestar todo su concurso a la unidad y cohesión interna del Movimiento de Países No Alineados, entre las fuerzas que lo integran y la comunidad socialista.

Otros de los objetivos fundamentales de la política internacional del Partido Comunista de Cuba es la cooperación y la asistencia técnica a otros pueblos subdesarrollados cuyos gobiernos se esfuercen por encontrar soluciones justas a sus problemas económico-sociales; y el desarrollo de relaciones económicas y comerciales con todos los países del mundo, independientemente de sus regímenes económicos, políticos y sociales, siempre que discurren sobre la base del respeto total a la soberanía nacional y excluyendo todo tipo de injerencia o intervención en los asuntos internos del país.<sup>4</sup>

El desarrollo de relaciones de mutuo respeto con todos los Estados del mundo (incluyendo los países capitalistas) forma parte de la percepción del Partido Comunista y el Gobierno de Cuba de que el fomento de la paz, en sus muy diversas manifestaciones, así como el imperativo de evitar una conflagración nuclear, constituye uno de los “objetivos estratégicos” de la política internacional cubana. El hecho de que la contradicción entre el socialismo y el capitalismo sea ineluctable no significa —según ha reiterado la dirección política de nuestra nación— que tenga que dirimirse necesariamente a través de un conflicto armado. De ahí que la dirección del Partido Comunista de Cuba y el gobierno cubano *consideren necesariamente* compatibles su compromiso de participar activamente en la lucha contra el imperialismo con la búsqueda de la universalización de la paz y la coexistencia pacífica. “La pretensión de los imperialistas norteamericanos” —ha dicho también el vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez— de que se acepte su idea de una coexistencia pacífica entre ellos y la Unión Soviética como un acuerdo que conduzca a un reparto de “esferas de influencia” o como un compromiso que

---

<sup>4</sup> Cfr. *Plataforma Programática*. ed. cit.

obligue a los pueblos que combaten por la independencia nacional y por el socialismo a mitigar y hasta paralizar su lucha, es totalmente inaceptable.<sup>5</sup> Expresó así de otra forma el criterio de que una “paz digna y duradera” sólo puede asentarse en el respeto a la soberanía de los pueblos, en el derecho de estos a la autodeterminación y a luchar por conseguir el régimen económico, social y político en que prefieran vivir.<sup>6</sup>

Condicionó la formación de esos principios y objetivos de la política internacional de la Revolución Cubana la peculiar y virtualmente única reinserción de la nación en el escenario internacional. Por su ubicación geográfica, localizada en la inmediata vecindad de los Estados Unidos, Cuba se encuentra en el hemisferio occidental. Su constante defensa ante los afanes anexionistas y expansionistas de los grupos de poder norteamericanos marcó su devenir como nación y toda su vida pseudo republicana. Geográfica, cultural e históricamente el territorio es parte, sobre todo, de la comunidad de naciones latinoamericanas y caribeñas. Ello generó siempre vínculos económicos, sociales y políticos con la región que de manera conciente y necesaria. la Revolución estimula y desarrolla. La relación con África, por otra parte, está en las raíces mismas de la nacionalidad cubana; a la par que su condición de país subdesarrollado vincula a Cuba con los países del llamado Tercer Mundo y lo identifica con los objetivos con que fueron fundados el Movimiento de los Países No Alineados y el denominado Grupo de los 71. A su vez, a pesar de su lejanía geográfica, por su ordenamiento político-económico y por el bloque social que controla el poder político de la nación, el país se integró en un rápido y continuo tránsito a la comunidad de Estados socialistas formada alrededor de la URSS.

Esta diversidad con textual, articulada en la teoría y la práctica de sus relaciones internacionales, explica más que ningún otro argumento<sup>7</sup> la universalidad y la dinámica global de la política exterior de Cuba y las similitudes y diferencias de la misma con los Estados de la comunidad socialista, incluyendo la URSS. “Aunque Cuba esté dispuesta a subordinar siempre sus intereses nacionales a los intereses del socialismo como aspiración universal” —ha dicho el vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez— “ello no significa ni puede significar subordinar nuestra política internacional

---

<sup>5</sup> Carlos Rafael Rodríguez: “Fundamentos estratégicos de la política exterior cubana”, En Cuba Socialista no. dic. de 1981, pp. 13-14.

<sup>6</sup> Cfr. *Constitución de la República de Cuba*, ed. cit.

<sup>7</sup> Entre algunos estudiosos extranjeros de la política exterior cubana es común atribuir como un elemento central de la misma la supuesta supeditación y “satelismo” de nuestro país a la URSS. Algunos de ellos elaboran incluso propuestas de periodización de la política externa cubana a partir de ese supuesto. La periodización que proponemos en este trabajo conlleva una crítica implícita y explícita a ese supuesto

diaria, con sus objetivos propios y sus propios intereses, a la política de otros Estados socialistas.<sup>8</sup>

Las evidencias de tal actuación han llevado incluso a académicos y políticos norteamericanos aun hostiles al hecho revolucionario cubano a reconocer que “tratar de comprender las actividades de Cuba en todo el mundo buscando las causas en forma exclusiva —o preponderante— en Moscú y no en La Habana, no es sólo insuficiente sino tonto”<sup>9</sup>

El estilo interno y no siempre publicitado conque la dirección cubana ha procesado las diferencias de enfoques que han existido con uno u otro país del campo socialista forma parte de la ética con que Cuba realiza sus relaciones internacionales con todos aquellos Estados que, independientemente de su sistema político-social, mantienen frente al país una relación de mutuo respeto. La forma discreta y diferenciada, por ejemplo, conque Cuba ha abordado sus diferencias con algunos países de Europa Occidental como Francia, España y Japón ejemplifican esa afirmación.

La elevada ética de los métodos con que Cuba desarrolla las relaciones con sus aliados, amigos, adversarios y enemigos externos constituye uno de los fundamentos principales del alto prestigio que tiene la política exterior cubana, ante la comunidad de naciones.

Marginado y virtualmente desconocido antes del triunfo de la Revolución, “nuestro país se ha situado en los primeros planos de la actividad internacional trascendiendo —como reconocen múltiples autores— la extensión geográfica, el número de sus habitantes y la magnitud de sus recursos económicos. Sus posiciones y acciones, no obstante el persistente bloqueo imperialista, concitan la atención de la opinión pública y los círculos políticos y académicos norteamericanos y toman cada vez más audiencia en América Latina y el Caribe. Su alto prestigio en el Movimiento de Países No Alineados ha sido ratificado en diversas ocasiones y de diferentes maneras, aun en la difícil etapa en que Cuba ejerció la presidencia de ese importante movimiento. El peso específico y la influencia de los criterios cubanos e la comunidad de Estados socialistas crece constantemente, al igual que el reconocimiento que le tributan los organismos de Naciones Unidas. No existe problema principal de las relaciones internacionales contemporáneas en que la proyección y

---

<sup>8</sup> Carlos Rafael Rodríguez op. Cit., p. 32.

<sup>9</sup> Jorge L Domínguez: “Comunismo carismático”. En. Problemas internacionales, sep-oct. de 1985, EE.UU., pp. 103-108. Un criterio parecido, pero cargado de una fuerte retórica anticubana y de otras imprecisiones sobre la política externa e interna del país fue expresado por el director de Asuntos Cubanos del Departamento de Estado norteamericano, Kenneth Skoug, el 17 de diciembre de 1984 en una presentación ante la *Carnegie Endowment Foundation*

política internacional de la revolución Cubana no influya de una manera u otra. Fracasaron así, gracias a la decidida acción del pueblo cubano, a la inteligencia de su dirección revolucionaria encabezada por Fidel y a la vasta solidaridad internacional, todas las esperanzas de sucesivas administraciones norteamericanas de aislar a Cuba de la comunidad internacional.

Contribuyó a ese resultado la continuidad de objetivos que ha mantenido la política exterior del PCC y el gobierno de Cuba y la consistencia de sus propósitos con las acciones prácticas que ha desarrollado en diferentes escenarios internacionales. Los fundamentos de dicha continuidad y consistencia radican esencialmente en la perdurabilidad y solidez del bloque popular( y a su representante político: el Partido Comunista) que conduce los destinos del Estado-nación. También influye en el escenario internacional los reconocidos logros obtenidos por nuestra sociedad en la solución de *problemas históricos* que afectan en forma similar a los países subdesarrollados y dependientes de los centros de poder del capitalismo internacional.

Los logros que en materia de desarrollo económico, social y cultural ha obtenido la Revolución Cubana favorecen —como bien señala el politólogo germanooccidental Furtak— la consecución de los fines de la política exterior cubana y, a pesar de todos los esfuerzos de sucesivas administraciones norteamericanas, convierten a dicha nación en un “modelo demostrativo” de que se “puede eliminar la dependencia estadounidense y hacer realidad la redistribución social, incluso en un país monoexportador en desarrollo”<sup>10</sup>

## OBJETIVOS Y DIFERENTES ETAPAS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REVOLUCIÓN CUBANA HACIA AMERICA LATINA y EL CARIBE

El profundo contenido antimperialista de la Revolución Cubana y el que su ámbito inmediato de realización sea el hemisferio occidental determinó y determina que la política exterior del país haya estado siempre recíprocamente asociada a los desarrollos de la política norteamericana contra Cuba, así como a los desenlaces de la lucha democrática, revolucionaria y antimperialista en este complejo escenario histórico-geográfico y cultural que el Héroe de la independencia de Cuba, José Martí, denominó Nuestra América.

---

<sup>10</sup> Robert K. Furtak: “Cuba un cuarto siglo de política exterior revolucionaria” En Foro internacional, vol. XXV no. 100, México, abril-junio de 1985, pp. 10-33 A pesar de este juicio, Furtak está entre los autores que atribuyen un peso determinante a la URSS y al campo socialista en la política externa cubana. La inadecuada periodización que sobre la misma aparece en el artículo citado toma prácticamente como base esa única variable

Puede afirmarse sin lugar a equívocos que la lucha por integrarse con los países de América Latina y el Caribe, liberados de dominaciones externas y de opresiones internas y llamados a construir una gran comunidad de pueblos hermanados por la tradición histórica, ha constituido desde la victoria revolucionaria del Primero de Enero el principal objetivo de la política exterior de la Revolución Cubana.

Los métodos y los medios para construir ese *común destino latinoamericano* se han ajustado a los desarrollos específicos de la situación continental y marcada, por consiguiente, diferentes etapas y momentos en su realización concreta.

La elaboración de una periodización científica de la política exterior de la Revolución Cubana hacia América Latina y el Caribe aún no está concluida. Pero cualquier aproximación al tema tiene que partir del reconocimiento de que la política hemisférica cubana, al igual que las restantes facetas de la proyección internacional del país, tiene una *clara continuidad de propósitos y objetivos*.

Los cambios producidos en su implementación y prioridades están en lo fundamental referidos a las modificaciones que se han sucedido en la situación económica, social y política latinoamericana y caribeña; a la aparición, desaparición y papeles de nuevos (y no tan nuevos) actores sociales y políticos en el escenario latinoamericano-caribeño y a los niveles de autonomía que han tenido en cada momento concreto los gobiernos latinoamericanos frente a la política estadounidense hacia la región. Mucho más porque el bloqueo económico, político y diplomático y la eventualidad de una acción militar contra Cuba se han convertido en una cuasi paranoica línea de continuidad de la política exterior de sucesivas administraciones norteamericanas que contrasta con la actitud de las mismas, incluso frente a otros países socialistas. A partir de esos criterios, y sólo con un ánimo enunciativo, podría valorarse una periodización de la política cubana hacia América Latina y el Caribe en cuatro etapas diferenciadas entre sí. Estas serían:

#### *1) Etapa de reinserción en el escenario latinoamericano y caribeño (1959-1962)*

La caracteriza el establecimiento del nuevo poder revolucionario, la consolidación en el poder político del bloque popular liderado por el Comandante Fidel Castro, así como la realización de un programa de profundas transformaciones económicas, sociales y políticas que posibilitan proclamar, en abril de 1961, el carácter socialista de la Revolución.



En esa etapa el Gobierno Provisional Revolucionario amplió el espacio de las relaciones exteriores del país con el campo socialista y otros factores internacionales.

También buscó ensanchar sus vínculos diplomáticos, culturales y comerciales con todos los Estados nacionales latinoamericanos que, conducidos por gobiernos democráticos representativos (Venezuela, Brasil, Chile, Perú, Bolivia), eran percibidos como obstáculos a los planes norteamericanos de revertir (roll back) el hecho revolucionario cubano, aun acudiendo a la intervención militar directa. La legitimidad de las preocupaciones de la dirección política y militar cubana quedó demostrada en la derrotada invasión mercenaria de Playa Girón (abril de 1961), armada, financiada y organizada —según reconoció el propio John F. Kennedy— por el gobierno de los Estados Unidos.<sup>11</sup>

Consecuente con su política democrática en lo interno, Cuba mantuvo una relación crítica con las dictaduras militares (Trujillo, Somoza, Duvalier) que existían en el continente como parte del sistema hegemónico norteamericano en la región, y expresó su solidaridad con las luchas de los pueblos latinoamericanos.

En el discurso y la propaganda política exterior cubano se dirigió un mensaje a los actores sociales y políticos de la región, en particular a los representantes políticos y corporativos de los sectores populares, cuya movilización en defensa de sus propias reivindicaciones y de la Revolución Cubana se concebía imprescindible para detener la posible agresión norteamericana y evitar (como había sucedido en Guatemala en 1954) la legitimación de la misma por la mayor parte de los gobiernos del continente.

Consecuentemente, los organismos políticos y económicos del sistema interamericano (con excepción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, conque Cuba rompió inmediatamente), al igual que la ONU, son utilizados por el gobierno revolucionario cubano para denunciar la agresividad norteamericana y propugnar nuevas formas de relaciones políticas y económicas de los Estados Unidos con las naciones latinoamericanas y caribeñas.

Los discursos del Comandante Fidel Castro ante el XV Período de la Asamblea General de la ONU<sup>12</sup> y del Comandante Ernesto Che Guevara en la

---

<sup>11</sup> Cfr. Arthur Schlesinger Jr; Los mil días de Kennedy. Ed. Ciencias, Sociales, La Habana, 1970, pp. 191-243.

<sup>12</sup> Fidel Castro “Discurso ante el XV Período de sesiones de la Asamblea General de la ONU, New York, 26 de septiembre de 1960” En el pensamiento de Fidel Castro (selección temática), t.1, vol. 1, Editora Política, La Habana, 1983, pp. 122-146.

Conferencia Económica y Social de Punta del Este<sup>13</sup> sintetizan en buena medida la posición cubana de esa etapa frente a los problemas latinoamericanos y aun su disposición (que se mantendría en forma permanente) a buscar una solución política y negociada del diferendo existente con el gobierno norteamericano sobre la base del respeto a la soberanía y autodeterminación del pueblo cubano.

Esta etapa se cierra en 1962, con la expulsión de Cuba de la OEA y la réplica producida por nuestro país al aprobar en una Asamblea General del pueblo de Cuba. La Segunda Declaración de La Habana, que proyectó el hecho revolucionario cubano a otras naciones del continente (y del Tercer Mundo en general, al reiterar —como ya se había expresado en la Primera Declaración de La Habana— que los problemas de Cuba eran similares a los de otras naciones latinoamericanas, y que la solución revolucionaria realizada por nuestro país tiene virtualidad para las restantes naciones del continente.

La proclamación de la Primera Declaración de La Habana<sup>14</sup> en septiembre de 1960 delimitó dos momentos distintos de esa etapa. El primero de ellos entre enero de 1959 y septiembre de 1960, en que en el orden interno fue cumplido el Programa del Moncada. Y el segundo, entre septiembre de 1960 y febrero de 1962, en que de manera ininterrumpida, en la dialéctica del enfrentamiento con la agresividad imperialista y el creciente desarrollo de la conciencia político-ideológica de las masas populares, se declaró el propósito socialista de las transformaciones que desde el propio triunfo de la Revolución se desarrollaban en todas las esferas del país.

En el ámbito de la política exterior hacia América Latina y el Caribe ambos momentos quedaron diferenciados entre sí por la actitud asumida por el Gobierno Provisional Revolucionario frente a los gobiernos y otros actores políticos de la región que desde posturas liberales burguesas intentaron mediatizar el contenido y la proyección democrática, y genuinamente participativa de la Revolución Cubana, propugnando, en una clara intromisión en los asuntos internos del país, el paradigma democrático-representativo como único objetivo posible de los cambios que se producían en toda la sociedad cubana y en su sistema político.

La debilidad de estos actores oficiales y políticos frente a las presiones norteamericanas quedó patentizada en la Reunión de Cancilleres de San José de Costa Rica. (1960) donde, siguiendo los propósitos estadounidenses de

---

<sup>13</sup> Ernesto Guevara: Obras ( 1957-1967 J. t. 2, Casa de las Américas,. La Habana, 1970, pp. 420-468.

<sup>14</sup> Cfr. la Primera Declaración de La Habana en Cinco documentos. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, :Pp. 115-124.

crear el contexto continental adecuado para proceder a nuevas acciones intervencionistas contra la independencia del Estado-nación cubano, se “condenó” la supuesta pretensión de la URSS y de la República Popular China de “utilizar la posición económica, política y social de Cuba para quebrantar la unidad continental y poner en peligro la unidad del hemisferio”.

Como respuesta a ello, en una multitudinaria manifestación popular constituida en Asamblea General de la nación, el pueblo de Cuba, además de reiterar su “política de amistad con todos los pueblos del mundo”, condenó la “Declaración de San José de Costa Rica” por atentar contra “la autodeterminación nacional, la soberanía y la dignidad de los pueblos hermanos del continente”, También condenó enérgicamente “la intervención abierta y criminal que durante más de un siglo ha ejercido el imperialismo norteamericano sobre todos los pueblos de América Latina” y antepuso frente a los intentos de propugnar la Doctrina Monroe y un hipócrita panamericanismo, “el latinoamericanismo liberador que late en José Martí y Benito Juárez”.

A tono con los profundos cambios internos que se desarrollaban, la Primera Declaración de La Habana, criticó la validez de la democracia representativa al expresar la convicción de que la democracia no puede consistir “sólo en el ejercicio de un voto electoral”, sino en el derecho de los ciudadanos a decidir su propio destino, “La democracia sólo existirá en América Latina cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos por el hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos a la más ignominiosa impotencia”.<sup>15</sup>

En consecuencia, vindicó el deber de los pueblos latinoamericanos a luchar por sus reivindicaciones; el deber de las naciones oprimidas y explotadas a luchar por su liberación y el deber de “cada pueblo a la solidaridad con todos los pueblos oprimidos, colonizados, explotados o agredidos, sea cual fuere el lugar del mundo en que estos se encuentren y la distancia geográfica que los separe”.<sup>16</sup>

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba —concluye la Declaración— “reafirma su fe en que la América Latina marchará pronto, unida y vencedora, libre de las ataduras que convierten sus economías en riqueza enajenada al imperialismo norteamericano”, y ratifica “su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano que permitirá a nuestros países edificar una solidaridad verdadera, asentada en la libre voluntad de cada uno de ellos y en las aspiraciones conjuntas de todos.

---

<sup>15</sup> *Ibíd.*

<sup>16</sup> *Ibid*

A tono con tales postulados, reiterados días después por el Presidente Fidel Castro en la ONU, el Gobierno de Cuba, aunque mantuvo sus relaciones diplomáticas, comerciales y consulares con todos los gobiernos democráticos del continente, privilegió sus contactos y relaciones con todos los representantes políticos o corporativos de diferentes sectores sociales que independientemente de matices ideológicos, expresaron su solidaridad con Cuba y su intención de propugnar en sus países cambios favorables a los intereses populares.

Tales sectores protagonizaron en la etapa diferentes muestras de rechazo a la política norteamericana hacia la región y llevaron el peso de las acciones de condena a la intervención mercenaria de Playa Girón.

El tácito apoyo de la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos de la época a la política de agresiones norteamericanas contra Cuba, la participación de algunos (Nicaragua, Guatemala, Santo Domingo, Venezuela) en la preparación de acciones diplomáticas o militares contra el país deterioraron paulatinamente el nivel de las relaciones oficiales existentes entre estos y el gobierno cubano. Ello alcanzó su máxima expresión en una nueva reunión de Cancilleres de la OEA, esta vez efectuada en Punta del Este, Uruguay, donde se decidió la expulsión de Cuba de dicho organismo.

En una multitudinaria manifestación de cerca de dos millones de personas, el pueblo de Cuba, a propuesta de su liderazgo político, proclamó la Segunda Declaración de La Habana.<sup>17</sup> Por la amplitud de su diagnóstico sobre la realidad internacional y especialmente alrededor de la situación de los países subdesarrollados y dependientes (en particular de los latinoamericanos y caribeños), así como por su incidencia en las polémicas ideológico-políticas que entonces se desarrollaban incluso entre las organizaciones y partidos populares, democráticos y revolucionarios de dentro y fuera del continente, el documento puede ser considerado como el primer programa rector de la política internacional de la construcción socialista en Cuba.

Luego de analizar pormenorizadamente la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina y después de caracterizar, a partir de una interpretación materialista dialéctico de la historia universal y del fenómeno imperialista, la situación internacional a comienzo de la década de los 80, la Segunda Declaración de La Habana identificó el impacto de las transformaciones revolucionarias cubanas en la situación continental y la clara imbricación de dicho proceso con las luchas anticoloniales, antineocoloniales y por la independencia que se desarrollaban entonces en diferentes escenarios

---

<sup>17</sup> Segunda Declaración de La Habana, cito pp. 127-173.

del mundo subdesarrollado. “Cuba y América Latina” —proclamó— “forman parte del mundo. Nuestros problemas forman parte de los problemas que se engendran en la crisis general del imperialismo y la lucha de los pueblos subyugados:

el choque entre el mundo que nace y el mundo que muere.<sup>18</sup>

Que esta lucha entre “lo nuevo y lo viejo” —indicó incidiendo en aspectos de la polémica ideológica de la etapa— “tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios, depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad [...] La Revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilación cada vez que sea necesario para ayudar al parto.<sup>19</sup>

En muchos países de América Latina —también expresó— “la revolución es hoy inevitable; pero las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos. Las condiciones subjetivas de cada país, es decir, el factor conciencia, organización, dirección, puede acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo, pero tarde o temprano en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.<sup>20</sup>

A partir de estas definiciones, y después de caracterizar la dramática situación económica y social de la mayor parte de los países latinoamericanos, de realizar una profunda crítica a las limitaciones de la Alianza para el Progreso, que entonces comenzaba a implementar la administración Kennedy, de rechazar toda posibilidad de que, en las condiciones del continente, la burguesía pudiera encabezar las luchas transformadoras, y de llamar a la más amplia unidad antimperialista, la Segunda Declaración de La Habana proclamó como máximo deber de los revolucionarios hacer la Revolución.<sup>21</sup>

## *2) Etapa de deterioro y aislamiento oficial de Cuba en América Latina y el Caribe (1962-1970)*

La proclamación de la Segunda Declaración de La Habana marcó el inicio de una nueva etapa de la política exterior de Cuba hacia América Latina y el

---

<sup>18</sup> Ibid

<sup>19</sup> Ibid.

<sup>20</sup> Ibid

<sup>21</sup> Ibid

Caribe. Sus elementos centrales guiarán los desarrollos concretos de la política internacional cubana hacia la región en los años sucesivos.

La etapa que rompe con ella tiene como otros momentos relevantes la Crisis de Octubre de 1962 y la decisión de la Organización de Estados Americanos (OEA) de producir en 1964 los instrumentos jurídicos que obligasen a los países miembros a romper totalmente sus relaciones diplomáticas, comerciales y consulares con Cuba.

Manteniendo la práctica de aquellos años, el gobierno cubano respondió inmediatamente a la decisión de ese organismo regional y en una nueva manifestación popular proclamó la denominada “Declaración de Santiago”.<sup>22</sup> En dicha Declaración, aprobada el 26 de julio de 1964, se le resta toda legitimidad moral y jurídica a la OEA para “juzgar y sancionar a Cuba”; se calificó de “acto cínico y sin precedentes que los victimarios se constituyan en jueces para juzgar y sancionar al país víctima”, y, luego de hacer un recuento de la complicidad de la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos de entonces con todas las agresiones realizadas por los Estados Unidos contra Cuba, así como de calificar la declaración formulada por la OEA como un llamamiento desvergonzado a la contrarrevolución, se proclamó el derecho del pueblo de Cuba a ayudar con los recursos a su alcance a los movimientos revolucionarios de todos los países que practiquen semejante intromisión en los asuntos internos de nuestra Patria.<sup>23</sup>

A pesar de la tal advertencia cubana la decisión de la OEA es progresivamente acatada por todos los gobiernos de la época, que —con la solitaria excepción de México y Jamaica, país este último que no formaba parte de la OEA— rompen sus relaciones oficiales con Cuba y se unen a la política norteamericana de destruir la Revolución Cubana e impedir que su mal ejemplo se extienda a otros países de la región.

Con tal propósito expreso la administración Kennedy (1960-63) continuó impulsando la “Alianza para el Progreso; la administración Johnson (1963-68), ante el precoz y evidente fracaso de la misma, estimuló una cadena de golpes militares en América Latina (Brasil, Argentina, Bolivia) y mantuvo su apoyo a las dictaduras militares (Somoza, Strossner, Duvalier) preexistentes, así como a los gobiernos represivos (Colombia, Venezuela) que proliferan en el subcontinente para frenar las amplias movilizaciones populares de la época. La intervención militar norteamericana en Santo Domingo (con el respaldo ulterior de la OEA) en 1965 y extracontinentalmente el creciente involucramiento norteamericano en Vietnam generalizaron la percepción entre

---

<sup>22</sup> “Declaración de Santiago”, en Cinco documentos, ed. cit., pp. 177-180.

<sup>23</sup> Ibid

diferentes actores sociales y políticos latinoamericanos interesados en un cambio radical de las estructuras internas de sus países, así como en romper su dependencia con los Estados Unidos que sólo mediante el combate armado como forma principal de lucha sería posible producir las modificaciones requeridas y enfrentar eventualmente la probable intervención norteamericana. Se afirma en consecuencia, al igual que ya había ocurrido en la lucha contra el colonialismo español, el carácter continental que debe tener un proyecto emancipador latinoamericano.

A partir de los importantes avances obtenidos en la construcción del socialismo en Cuba, así como de la capacidad demostrada por ese país para resistir y derrotar con la ayuda del campo socialista la política norteamericana, comienza a generalizarse la opinión de que sólo el socialismo puede dar una respuesta eficaz al postergado desarrollo latinoamericano.

Numerosas organizaciones populares y revolucionarias emergen en diferentes países del continente, e inspiradas en las aún inadecuadamente apre hendidas experiencias de la Revolución Cubana, comienzan a luchar por la toma del poder político en diferentes países. En Guatemala, Nicaragua, Colombia, Venezuela, Perú, Brasil emergen proyectos político militares que, aun en contradicción con otras organizaciones revolucionarias, impulsan en forma desigual la lucha armada guerrillera como medio de crear las condiciones que posibiliten la formación de un ejército popular capaz de destruir la maquinaria burocrático-militar del Estado burgués, tomar el poder político, enfrentar la probable agresión imperialista e impulsar los cambios estructurales que el continente reclamaba.

En correspondencia con los postulados de la Declaración de Santiago, y liberada de toda responsabilidad moral con la mayor parte de los gobiernos del Continente que continuaban apoyando la política imperialista, Cuba reivindicó permanentemente su deber y su derecho de expresar con los medios a su alcance su abierta solidaridad con estas organizaciones y con todos los movimientos populares que cuestionaban la hegemonía norteamericana en la región y con los gobiernos obsecuentes con las mismas. En la propaganda política exterior de la Revolución se incorporaron nuevos llamados a la acción revolucionaria, así como a la unidad de todas las fuerzas llamadas a participar en el hecho emancipador, y se acentuó su reconocimiento de que sólo la lucha armada como forma principal de lucha sería capaz de crear las condiciones para la victoria.

Es en ese contexto que —con la solidaridad cubana y previa coordinación con un grupo de revolucionarios bolivianos— el Comandante Ernesto Che Guevara decide iniciar la lucha armada revolucionaria en Bolivia en un proyecto que, de resultar victorioso, se extendería a otras naciones

latinoamericanas fronterizas con dicho país.<sup>24</sup> La acción militar del Che se concibió expresamente como parte de un proyecto más general de lucha contra el imperialismo norteamericano que, en aquellos instantes, además de agredir a Vietnam, también apoyaba a las potencias coloniales europeas (Portugal, Bélgica) en su afán de detener el creciente desmoronamiento del sistema colonial en África.

Toda nuestra acción —señaló el Che en su mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental— es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica [...] América. —señaló en el propio mensaje— que empezará a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo.<sup>25</sup>

La fundación en 1965 de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África. y América. Latina (OSPAAL), y más tarde en 1967, de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), formó parte de esta necesaria respuesta de los movimientos y gobiernos populares democráticos y antiimperialistas a la dinámica intervencionista que las administraciones norteamericanas de entonces desarrollaron en diferentes latitudes.

El hecho de haber sido Cuba anfitrión de ambos eventos constituye sólo un dato demostrativo del prestigio internacional que ya había alcanzado la Revolución y no una evidencia, como pretenden algunos autores, de que Cuba decidió “exportar su revolución”. Mucho menos porque en el pensamiento del liderazgo político cubano estaba claramente arraigado el criterio de que “las revoluciones no se pueden exportar. Las revoluciones se producen en el instante en que hay una serie de contradicciones insolubles dentro de un país. Cuba si exporta un ejemplo.”<sup>26</sup>

La fundación de la OSP AAAL y particularmente la organización de la OLAS, realizada con el propósito expreso de contribuir a la unidad y a la necesaria solidaridad entre las luchas revolucionarias y antimperialistas que de diferentes formas yen diversos escenarios se desarrollaban en América Latina, constituyó un elemento importante de la política exterior de la Revolución

---

<sup>24</sup> Cfr. Fidel Castro: “Introducción necesaria. En Diario del Che en Bolivia. Instituto del Libro, La Habana, 1968, pp. VII-XXIX.

<sup>25</sup> Ernesto Guevara: Obras (1957-1967), ed. cit. pp.184-198.

<sup>26</sup> Ibid



hacia el continente durante esa etapa. En las condiciones de la segunda mitad de la década del 60, el proyecto histórico de unidad latinoamericana para enfrentar la hegemonía norteamericana, sólo parecía posible mediante el estímulo a las formas más radicales de la lucha antimperialista que entonces se desarrollaban en diferentes países y cuyo alcance continental era constantemente reivindicado por sus principales protagonistas.

Mucho más porque la vida demostraba la manifiesta disposición estadounidense de intervenir militarmente en cualquier lugar de América donde el *statu quo* fuera alterado y se pusieran en peligro los intereses norteamericanos. No obstante algunas resistencias entonces secundarias, esta política contaba con el respaldo o la benevolencia de la mayor parte de los gobiernos de la región y de las Fuerzas Armadas latinoamericanas, que impulsaban la doctrina de seguridad nacional aceptada por los círculos militares norteamericanos. Ante la debilidad de los gobiernos civiles y el predominio de las dictaduras militares en la región, se había formado de hecho bajo presión norteamericana un potente bloque que declaraba constantemente su decisión de “impedir otra Cuba” en América Latina.

Los reveses sufridos por el movimiento revolucionario latinoamericano (cuya expresión mayor fue la desarticulación del ELN de Bolivia, la captura y posterior asesinato del Che) generalizaron una percepción pesimista acerca del futuro inmediato de la lucha revolucionaria latinoamericana e impulsaron como tendencia un cuestionamiento de la lucha armada —en particular en su forma de lucha guerrillera— como medio principal para lograr las transformaciones en el continente.

El Comandante Fidel Castro y otras instancias del Partido Comunista de Cuba criticaron la unilateralidad de ese enfoque que desconocía las vicisitudes de cualquier proyecto emancipador y la lógica propia que harían madurar paulatinamente —y por la inevitable vía de múltiples experiencias de ensayo error— los sujetos históricos de las transformaciones latinoamericanas. “Los que ven en el desenlace de su lucha en Bolivia”, dijo Fidel refiriéndose a la desaparición física del Che, “el fracaso de sus ideas, con el mismo simplismo pudieran negar la validez de las ideas y las luchas de todos los grandes precursores y pensadores revolucionarios, incluidos los fundadores del marxismo, que no pudieron culminar la obra y contemplar en vida los frutos de sus nobles esfuerzos.”<sup>27</sup>

### *3) Etapa de erosión del bloqueo y de ruptura del aislamiento oficial de Cuba en América Latina y el Caribe (1970-79)*

---

<sup>27</sup> Fidel Castro: “Introducción necesaria” ed. cit, p. XIV.

La persistencia de la crisis estructural de las sociedades latinoamericanas, la secular indiferencia de los círculos de poder norteamericanos en contribuir a la solución de los acuciantes problemas económicos y sociales del continente (acentuada por el involucramiento en Vietnam) incrementaron a comienzos de la década del 70 los niveles de conflictividad en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina.

También se incrementó —a pesar de los reveses de la década del 60— el umbral de cuestionamiento a los gobiernos dictatoriales y represivos entronizados como fruto de la política norteamericana en los años anteriores.

El fracaso de la “Alianza para el Progreso” y de los gobiernos reformistas (la “Revolución en Libertad” de Eduardo Frei en Chile) que se hablan presentado como alternativas al hecho revolucionario cubano, abrieron una etapa que, aunque con tendencias complejas y contradictorias, estimuló el desarrollo de nuevas manifestaciones de lucha antimperialista en el continente y, consiguientemente, erosionó las bases del bloqueo y el aislamiento que se hablan mantenido contra Cuba en la etapa anterior.

En ello incidió en forma importante la consolidación —a pesar de algunos desaciertos internos— del proceso revolucionario cubano en la década precedente y la ya ostensible incapacidad norteamericana para revertir los cambios registrados en el país, así como para producir su aislamiento en el escenario internacional. La confluencia de estos factores posibilitó el proceso de institucionalización de la democracia socialista en Cuba y la celebración del Primer Congreso del PCC, donde se registraron los avances obtenidos en la edificación del socialismo y se trazaron las directivas para el desarrollo económico, social y político futuro del país.

Esta etapa tiene dos momentos diferenciables entre sí:

A) El momento que, iniciado con la victoria electoral de la Unidad Popular en Chile —y el consiguiente restablecimiento de relaciones con Cuba— culmina con la resolución de la OEA dejando en libertad a los países miembros para restablecer relaciones diplomáticas, comerciales y consulares con ese país en 1975. Ello fue precedido por el establecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba por parte de los diversos países (Perú, Panamá y Argentina), así como por la visita del Presidente Fidel Castro a Chile, Perú y Ecuador.

b) La Resolución de la OEA de 1975 abrió otro momento en que diversos países latinoamericanos (Colombia., Venezuela, Ecuador y Costa Rica.) restablecieron sus relaciones de diferentes tipos con Cuba al quedar formalmente liberados de las limitaciones jurídicas impuestas por la OEA en 1964. Muchos de ellos formalizaron así a nivel intergubernamental los

contactos políticos más o menos discretos que ya se mantenían en los años anteriores.

Este segundo momento (1975-79) culmina con las revoluciones populares en Granada y Nicaragua, y en el plano global de la política cubana, con la celebración de la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados en La Habana.

En el escenario estrictamente latinoamericano resaltó en esa etapa la formación de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) y la fundación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) con la participación cubana y la exclusión de los Estados Unidos. La formación del SELA estuvo precedida de un amplio movimiento latinoamericano reclamando la defensa de los recursos naturales de los países del continente, cuestionando la depredación y la desnacionalización de los mismos por parte de las empresas transnacionales, buscando nuevas formas de integración menos dependientes de los Estados Unidos (como la planteada en la decisión 24 del Pacto Andino) e impulsando en los organismos internacionales acciones que condujeran a un nuevo orden económico y político internacional. La aprobación de la Carta de Deberes y Derechos de los Estados de la ONU, propiciada por el gobierno mexicano de Luis Echevarría, fue un elemento central en ese orden.

Consecuente con los reclamos que en esas materias había realizado desde los primeros instantes del triunfo popular, Cuba apoyó sin reservas estas reivindicaciones. Del mismo modo, ya había respaldado el programa de transformaciones del gobierno del general Juan Velazco Alvarado en Perú, las reclamaciones sobre el Canal de Panamá, impulsadas por el general Omar Torrijos, las reclamaciones peruanas y ecuatorianas de soberanía sobre sus 200 millas marítimas y la nacionalización del hierro y el petróleo realizada por el gobierno de Carlos Andrés Pérez de Venezuela, así como todas las manifestaciones de cuestionamiento a la política de los Estados Unidos hacia América Latina. También continuó expresando la solidaridad y la ayuda por todos los medios a su alcance con los movimientos populares y revolucionarios que mantenían sus luchas armadas o no contra las dictaduras militares subsistentes en Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Haití, Paraguay, Bolivia y Argentina hasta 1973.

La erosión del bloqueo impactó incluso a la administración Nixon. El secretario de Estado Henry Kissinger comenzó a dar pasos para “neutralizar” la dinámica regional y global de la política exterior cubana. También con el apoyo de sectores militares latinoamericanos afines a los Estados Unidos, implementó una “contraofensiva” para frenar los cambios que se estaban

produciendo en América Latina y el creciente aislamiento de las posiciones norteamericanas.

El golpe de Estado en Uruguay y el cruento derrocamiento del gobierno constitucional de Salvador Allende en Chile (1973) serían las primeras acciones que conducirían a incorporar nuevos sectores sociales y políticos del continente a enfrentarse de una manera más radical a la política norteamericana y a los actores internos que con escasos escrúpulos (como en Argentina, el Salvador o Nicaragua.) la materializaban.

En esas complejas circunstancias maduraron los actores políticos latinoamericanos y caribeños, que asimilando críticamente las experiencias de la década del 80 y las enseñanzas chilenas (falta de unidad y de solución al problema militar de la revolución) producirían las revoluciones de Granada y Nicaragua en 1979 y conducirían a niveles superiores la insurgencia popular salvadoreña y guatemalteca.

La participación cubana y de otros gobiernos latinoamericanos (Panamá, Venezuela y Costa Rica) en acciones de ayuda al FSLN mostró los importantes aunque desiguales cambios que en esta década se produjeron en el continente. Ello también se reflejó en el rechazo que encontró en la OEA, rompiendo precedentes, la proposición de la administración Carter de producir una intervención colectiva en el conflicto interno nicaragüense.

La situación antes descrita abrió nuevos y más sólidos espacios a las relaciones de Cuba con América Latina y el Caribe. En esta última subregión también se desarrollaron intensas relaciones de cooperación política, económica y científico-técnica con los gobiernos nacionalistas de Jamaica y Guyana.

Asimismo, se habían ampliado las relaciones oficiales con otros países como Santa Lucía, Barbados, Trinidad Tobago y Bahamas, y al igual que en la etapa anterior, se mantenían vínculos estrechos con el liderazgo independentista puertorriqueño; también se apoyaba diplomáticamente la independencia de Belice del dominio colonial inglés.

Todo ello se expresó en una significativa y sin precedente presencia latinoamericana en la Reunión Cumbre del Movimiento de Países No Alineados (NOAL), efectuada en La Habana en 1979. A pesar de las presiones norteamericanas, a ella asistieron como miembros plenos once gobiernos de la región, doce observadores y un invitado especial: Belice. La VI Cumbre de Países No Alineados demostró el alto prestigio internacional adquirido por Cuba entre los países del llamado Tercer Mundo y evidenció el absoluto fracaso de la política anticubana de los grupos dominantes en Norteamérica. Tal política había registrado una cierta aunque efímera distensión durante la primera etapa del gobierno de James Cartero

El desarrollo de la situación política latinoamericana y caribeña durante la década del 70 creó las condiciones para que Cuba implementara nuevas acciones y modalidades en sus relaciones con el continente y ampliara sus niveles de contacto con otras fuerzas políticas y sociales que, independientemente de su diferente carácter de clase, ideológico, político o religioso, expresaran su disposición a trabajar por la paz y la distensión en el área, así como de defender los legítimos intereses nacionales de cada nación del continente. Se reiteró, en consecuencia, la disposición cubana de, independientemente de su integración al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), continuar avanzando en pos de su integración en América Latina y el Caribe. “Debemos insistir” —señaló el Presidente Fidel Castro en su *Informe Central al Segundo Congreso del PCC*—“ante la opinión pública latinoamericana que para nosotros la unidad de América Latina y el Caribe es uno de los objetivos permanentes y que lo estimamos el mejor instrumento para lograr los propósitos históricos de nuestra América, y la consolidación democrática e independiente de cada uno de nuestros países”<sup>28</sup>

#### *4) Etapa de consolidación de los vínculos de la Revolución Cubana con América Latina y el Caribe (1979 hasta la actualidad)*

El triunfo de las revoluciones populares en Granada y Nicaragua en 1979 marcó una etapa cualitativamente nueva en las relaciones de Cuba con América Latina y el Caribe.

Veinte años después de su victoria, y luego de la consolidación económica, social y política de la primera democracia socialista en el hemisferio occidental —reiterada en el Segundo Congreso del PCC y en los avances obtenidos en la institucionalización del país—, la Revolución Cubana encontró continuidad en radicales procesos de cambio que, aunque no se planteaban objetivos socialistas, abrían las posibilidades de que amplios sectores populares —conducidos por esclarecidas vanguardias políticas— asumieran la elaboración de la política interna y exterior de dichos Estados nacionales. Hacia estos procesos Cuba desarrolló (en el caso de Granada) y desarrolla (como en Nicaragua) una activa solidaridad fundamentalmente dirigida a contribuir a las transformaciones económicas y sociales que demandan la realidad de dichos países.

Estos años marcaron también tendencias progresivas de cambio en las situaciones internas de diversos de los países latinoamericanos y caribeños. así

---

<sup>28</sup> Fidel Castro: *Informe Central al Segundo Congreso del PCC*. Editora Política, La Habana, 1980. p. 156.

como una mayor independencia de estos en sus relaciones con los Estados Unidos. Tales cambios se han expresado en una clara voluntad de muchos países de la región de revisar críticamente las relaciones con el gobierno norteamericano en la búsqueda de una mayor diversificación de sus relaciones internacionales, y sobre todo —como señala el politólogo chileno Van Kleveren—,<sup>29</sup> de una relación más equitativa y simétrica con los Estados Unidos. El respaldo norteamericano a la invasión inglesa de las Malvinas contribuyó a acentuar esas tendencias.

Por otra parte, la primera mitad de esta década registró el desmoronamiento de las dictaduras militares surgidas en la década del 60 y el 70 (Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia) y la caída reciente de la “dictadura vitalicia de Francoise Duvalier. Se incrementó, además, la resistencia popular contra las dictaduras subsistentes en Chile y en menor medida en Paraguay.

Dichos cambios políticos están condicionados en buena medida por la crisis económica y social más aguda que ha atravesado América Latina y el Caribe en los últimos cincuenta años, que contrasta con los éxitos económicos y sociales obtenidos por Cuba.<sup>30</sup>

El problema de la deuda externa latinoamericana no es más que una expresión concreta de la crisis del capitalismo dependiente latinoamericano y del tipo de relaciones económicas y políticas internacionales impuestas por los norteamericanos a la región.

Esta crisis encuentra como otras expresiones una prolongada insurgencia popular en El Salvador y Guatemala, situaciones que junto a la “guerra encubierta” que desarrolla la administración Reagan contra la Revolución Popular Sandinista, mantienen vigente la denominada crisis centroamericana.

Esta, por sus dimensiones y por sus peligros potenciales para la paz regional, ha movilizó a buena parte del continente a buscar una solución latinoamericana al conflicto y a enfrentar las tendencias intervencionistas de la actual administración estadounidense. La ocupación militar norteamericana de Granada (1983) reiteró la posibilidad de que los Estados Unidos acudieran a dicho procedimiento.

Los esfuerzos del Grupo de Contadora no han podido concretarse esencialmente por la resistencia norteamericana a aceptar fórmulas negociadas que respeten el derecho de los países centroamericanos a su autodeterminación

---

<sup>29</sup> Alberto Van Kleveren; “El lugar de los Estados Unidos en la política exterior latinoamericana”. En *Teoría y práctica de la política exterior, latinoamericana*, Universidad de Los Andes, Bogotá, 1983, p. 121-30.

<sup>30</sup> Cfr. Fidel Castro: “Informe Central al Tercer Congreso del PCC”. En *Bohemia*, año 78, no. 7, 14 de febrero de 1986, pp. 51-63.

y a elegir soberanamente las vías para su desarrollo pacífico e independiente. En síntesis, lo que está, en discusión es la capacidad de las élites dominantes de aceptar los procesos de cambio favorables a los intereses populares que ocurren en América Latina y el Caribe, así como de respetar la soberanía de los Estados situados al Sur de sus fronteras.

Del mismo modo, la crisis económica y social que afecta a América Latina y el Caribe replantea la discusión en torno a los niveles de interés que tiene Washington en la estabilidad política de las naciones vecinas y en el sostenimiento de las democracias políticas resurgidas en estos años en América del Sur. Como bien señaló el profesor Abraham Lowenthal en una audiencia en el Congreso de los Estados Unidos,<sup>31</sup> el discurso oficial norteamericano atribuyéndose la “paternidad” de los cambios democráticos ocurridos en América del Sur es inconsistente con la actitud absolutamente indiferente que hasta época reciente (fines de 1985) mantenían frente a la crisis de la deuda latinoamericana. Dicha realidad fue también reconocida en el último informe producido por el Diálogo Interamericano.<sup>32</sup>

Las “soluciones” planteadas por el denominado Plan Baker no sólo son insuficientes y tardías, sino que, además, no eliminan las tendencias desnacionalizadoras y antipopulares de las políticas de ajuste impulsadas por el Fondo Monetario Internacional ni las causas que engendraron tal dramática crisis.

Como lo demuestra la acción del Grupo de Cartagena, ello acentúa la irritación latinoamericana y fortalece las áreas de tensión en las relaciones Estados Unidos-América Latina. También tiende a acentuar la búsqueda de “soluciones latinoamericanas colectivas y no necesariamente negociadas que abran caminos (ahora cerrados) al desarrollo de la región.

La política exterior cubana ha demostrado una alta sensibilidad frente a todos los problemas antes planteados. En relación con la deuda el Presidente Fidel Castro ha planteado la necesidad de su total condonación. También propugna con creciente eco<sup>33</sup> la necesidad de que América Latina, unida a los restantes

---

<sup>31</sup> Abraham Lowenthal Hearing of the Subcommittee on Western Affairs, House of Representatives, enero 29 de 1985.

<sup>32</sup> Para reconstruir la cooperación en las Américas, cfr. Informe de 1986 del Diálogo Interamericano, Instituto Aspen de Estudios Humanísticos, Washington D.C., mayo de 1986.

<sup>33</sup> El último Congreso de la Internacional Socialista realizado en Lima, Perú, en junio de 1986 reconoció la necesidad de condonar la deuda de los países de menor desarrollo relativo, así como adoptar medidas dirigidas a crear condiciones diferentes para el pago de la deuda externa de la región. En igual sentido se pronunció la Reunión de Cancilleres del Movimiento de Países No Alineados efectuada en Nueva Delhi, India, en marzo de 1986. Dichas declaraciones apuntan hacia la necesidad de presionar el reinicio de negociaciones

países del Tercer Mundo, presione por reiniciar negociaciones que conduzcan al establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional y posibiliten avanzar en un renovado proceso de integración latinoamericana.

Aunque no es parte directa del conflicto y reconoce las debilidades y vacilaciones del Grupo de Contadora, así como declara su solidaridad con la Revolución Popular Sandinista y la lucha de los pueblos centroamericanos, Cuba también ha unido su acción internacional al reclamo de una solución negociada a la crisis centroamericana que respete el derecho a la autodeterminación de los pueblos de la región, y en particular de Nicaragua, El Salvador y Guatemala. El primero abiertamente agredido por los Estados Unidos; los dos últimos enfrascados en una guerra civil cuya culminación requeriría igualmente soluciones políticas negociadas que reconozcan las postergadas demandas populares.<sup>34</sup>

La posición cubana ante ambos problemas centrales de la agenda. norteamericano-latinoamericana, así como su respaldo a los procesos de democratización política que se realizan en Sudamérica, abren nuevos espacios y/o consolidan el nivel de relaciones alcanzado durante la década pasada entre Cuba y América Latina y el Caribe y eliminan virtualmente, a pesar de algunos retrocesos puntuales en sus vínculos con algunos países del área (Jamaica, Suriname, Venezuela y Costa Rica.), el apoyo de los países de la región al bloqueo contra Cuba que la actual administración republicana se empeña en mantener y fortalecer.

El restablecimiento de las relaciones diplomáticas de Cuba con Bolivia, Uruguay y Brasil, así como la ampliación del nivel de las relaciones con Perú y el restablecimiento del rango de las Embajadas con Ecuador<sup>35</sup> (cuyo presidente visitó Cuba. en 1985), la apertura de canales de diálogo

---

que conduzcan al establecimiento del NOEL El propio Informe del Diálogo Interamericano ya mencionado —a pesar de sus diferencias políticas con el gobierno de La Habana— incluye conceptos coincidentes con los planteados por el Presidente Fidel Castro.

<sup>34</sup> Cfr. Fidel Castro; Conversaciones con periodistas norteamericanos y franceses. Editora Política, La Habana, 1983, pp. 8-9

<sup>35</sup> Durante los acontecimientos que condujeron en 1981 a la inmigración del Mariel se confrontaron dificultades diplomáticas con los gobiernos de Perú y Ecuador. Como consecuencia de los mismos se disminuyó el nivel de las embajadas respectivas al rango de Encargados de Negocios. El gobierno de Alan García restableció en 1985 la embajada con el rango de Embajador y ha dado múltiples pasos dirigidos a incrementar sus relaciones con Cuba. El gobierno de León Febres Cordero también restableció en 1984 a nivel de embajadores las representaciones diplomáticas de Ecuador y Cuba respectivamente.



independientes a las dificultades de las relaciones diplomáticas<sup>36</sup> con Venezuela y Colombia, serían suficientes para marcar esta tendencia. Pero a ello habría que agregar los amplios contactos del gobierno y el Partido cubanos con diferentes actores sociales y políticos latinoamericanos (aun con los que los separan diferencias ideológicas o políticas) alrededor del tema de la crisis económica y social de la región. Ello se expresó en el reciente ingreso de Cuba al Parlamento Latinoamericano y en el Encuentro Continental sobre la Deuda Externa realizado en la Habana en agosto de 1985, con la presencia de cerca de 1 400 representantes de diferentes organizaciones políticas, sociales y de los gobiernos latinoamericanos. Estos hechos muestran la receptividad encontrada por los planteamientos cubanos y el vasto nivel de inserción logrado por Cuba en el continente.<sup>37</sup>

En igual sentido habla el entusiasmo con que el SELA recibió los planteamientos del vicepresidente cubano, Carlos Rafael Rodríguez, en ocasión de que Cuba ocupara por primera vez la presidencia del Consejo Ejecutivo de dicho organismo de colaboración latinoamericana y la reciente incorporación de Cuba en carácter de observador a la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI).

La evaluación de ese contexto fue realizada por el Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en febrero de 1986. El Presidente Fidel Castro, luego de realizar un pormenorizado análisis de la situación continental y específicamente de la “brutalidad de la política latinoamericana” del presidente Ronald Reagan, registró los avances que se van produciendo en la “conciencia unitaria latinoamericana” y las acrecentadas contradicciones objetivas que existen “entre los intereses del imperio y de nuestros pueblos”. Ello, concluyó, refuerza la tendencia histórica de América Latina hacia su desarrollo y su liberación definitiva, preámbulo indispensable para las transformaciones más profundas que requiere nuestra región”.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> Las relaciones diplomáticas con Colombia están suspendidas desde 1981. En el caso de Venezuela, las relaciones diplomáticas subsisten; pero Cuba no tiene representación en Caracas. El gobierno venezolano conserva un Encargado de Negocios en La Habana. El gobierno cubano ha puesto como condición para estudiar la normalización de las relaciones diplomáticas con Venezuela que se aplique una sanción ejemplarizante a los autores intelectuales y materiales del atentado que destruyó en 1979 en pleno vuelo a un avión civil de la compañía Cubana de Aviación.

<sup>37</sup> Cfr. “Mesa Redonda sobre el Encuentro Continental sobre la deuda externa”. En Cuadernos de Nuestra América. no. 3, La Habana, 1985, pp. 282-296.

<sup>38</sup> Fidel Castro; Informe Central al Tercer Congreso del PCC. ed. cit, pp. 110-119.

## LINEAS DE CONTINUIDAD DE LA POLÍTICA CUBANA HACIA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

La rápida y somera descripción de las diferentes etapas por la que ha atravesado la política exterior cubana hacia América Latina y el Caribe, así como los diferentes contextos en que ella se ha desarrollado en los últimos veintisiete años permite identificar las principales líneas de continuidad en los propósitos y objetivos de la misma:

1. En el discurso y la política de la Revolución Cubana hacia América Latina y el Caribe existe un claro propósito de oponer el latinoamericanismo (la unidad latinoamericana) al panamericanismo propugnado por los grupos dominantes en los Estados Unidos desde finales del siglo XIX. La Primera y Segunda Declaración de La Habana (1960-1962) así lo indicaron explícitamente. La Constitución de la República de Cuba., aprobada en 1976, lo reiteró. Semejante criterio está contenido en el Proyecto de Programa del Partido Comunista de Cuba, aprobado por el Tercer Congreso en febrero de 1986.<sup>39</sup>

2. Tal proyecto de unidad, integración y colaboración con América. Latina y el Caribe tendría. como propósitos últimos enfrentar la dominación norteamericana en la región y constituir una gran comunidad de naciones latinoamericanas y caribeñas aunadas en un compromiso común de lograr un desarrollo autónomo y autosostenido que tenga por fundamentos sólidos la realización de los cambios sociales que exige el continente.

Aunque la experiencia histórica cubana demuestra la viabilidad del socialismo como una alternativa válida para superar los problemas latinoamericanos, Cuba apoya y ha apoyado todos los procesos de cambios favorables a los intereses populares que se han producido en la propia región, independientemente o no del carácter socialista de los mismos.

Semejante línea de conducta obedece a la convicción expresada por la dirección política del país de que el socialismo no está aún a la orden del día. en la mayor parte de los países de la región dada la falta de madurez que todavía experimentan los factores subjetivos de la revolución latinoamericana, y su consideración de que todas las manifestaciones de luchas democráticas, revolucionarias y antimperialistas en el continente forman parte de la larga marcha que conducirá al predominio del socialismo en la América Latina.<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> Cfr. "Proyecto del Programa del Partido Comunista de Cuba". En Bohemia. no. 24, ano 78, 13 de junio de 1986, pp. 47-49.

<sup>40</sup> Carlos Rafael Rodríguez: "25 años de la victoria de Playa Girón y de la declaración de carácter socialista de la Revolución Cubana", En Cuba Socialista no. 20, marzo-abril de 1986. p. 25.

3. Desde el propio triunfo de la Revolución, la política exterior cubana ha dedicado especial atención a promover modificaciones radicales en las relaciones de independencia y dominación económica y política que ejercen los Estados Unidos sobre América Latina.

El impulso dado por Cuba a lo que el Comandante Fidel Castro ha llamado “la batalla contra la deuda externa”<sup>41</sup> no es más que una continuación de los planteamientos realizados al principio de la Revolución acerca del negativo impacto que tendría para el desarrollo latinoamericano la acción desnacionalizadora de los monopolios imperialistas.

En el ínterin Cuba respaldó todas las reivindicaciones que en la década del 70 levantó América Latina con relación al derecho de los países de la región a utilizar libre y soberanamente sus recursos naturales y aprobó todas las acciones diplomáticas de América Latina y el Tercer Mundo para impulsar el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional.

En diferentes momentos (Chile 1971, Sexta y Séptima Cumbre del MPNOAL realizada en 1979 y 1983 respectivamente...) el Comandante Fidel Castro alertó premonitoriamente sobre el impacto negativo que tendría. el endeudamiento externo para el desarrollo del continente.

Desde 1960 la política exterior cubana estableció también la indisoluble relación existente entre la universalización de la paz y el desarrollo y la necesidad de disminuir los gastos armamentistas y poner estos en función de la ayuda al desarrollo. La proposición expresada por el Presidente Fidel Castro de que el endeudamiento del Tercer Mundo (y de América. Latina y el Caribe) podría resolverse con la disminución de un 10% de los gastos armamentistas no es más que un desarrollo de este concepto que también ha sido planteado en ocasiones anteriores.<sup>42</sup>

4. En más de un cuarto de siglo la política exterior cubana ha expresado un claro compromiso con relación a la necesidad de eliminar los rezagos colonialistas existentes en todo el mundo, y particularmente en América Latina y el Caribe. El permanente apoyo de Cuba a la causa independentista de Puerto Rico, al proceso de descolonización en el Caribe, así como el respaldo ofrecido a la independencia de Belice y a la Argentina en la

---

<sup>41</sup> Fidel Castro; Entrevista concedida al diario Excélsior, México, Editora Política, La Habana, 1985, También ver la cancelación de la deuda externa o la muerte Política de los procesos democráticos de América, entrevista concedida por Fidel Castro al congresista Mervin Dimally y al académico Jeffrey Elliot, 29 de marzo de 1985, impresora del Palacio de las Convenciones, La Habana, Cuba.

<sup>42</sup> Cfr. Fidel Castro: La crisis económica y social del Tercer Mundo. Editora Política, La Habana, 1983, pp. 221-222.

reivindicación de su soberanía sobre las Malvinas también evidencian ese compromiso. Este igualmente se manifestó en el respaldo cubano a las reivindicaciones del gobierno panameño en torno a la soberanía sobre el Canal de Panamá.

5. El gobierno cubano, en consecuencia, ha mantenido una clara condena a cualquier intervención extranjera en los asuntos internos de los países latinoamericanos. Su posición crítica ante la intervención norteamericana en Santo Domingo (1965) siguió la misma lógica que —a pesar de las diferencias existentes— mantuvo al producirse la intervención militar norteamericana en Granada (1983).<sup>43</sup>

6. Cuba siempre ha expresado su intención de mantener relaciones de mutuo respeto con todos los gobiernos latinoamericanos que, independientemente de su sistema político, económico o social, observan las normas de convivencia entre los Estados, se atengan al principio de mutua conveniencia y adopten una actitud recíproca. El desarrollo de las relaciones cubano-mexicanas es una manifestación ejemplar de esa conducta.

La ruptura de relaciones con la casi totalidad de los gobiernos latinoamericanos en la primera mitad de la década del 60 no puede ser atribuida a Cuba, sino a la aceptación por parte de aquellos de las presiones norteamericanas por consolidar su bloqueo contra la Isla.

*La política diferenciada mantenida* por Cuba ante los gobiernos democráticos representativos del continente en la etapa de reinserción cubana en el contexto internacional (1959-62) encontró continuidad en la disposición del gobierno cubano a restablecer relaciones con todos aquellos países latinoamericanos que en la década del 70 cuestionaron, de una forma u otra, la política norteamericana hacia Cuba, así como en los vínculos diplomáticos recientemente establecidos con las democracias políticas suramericanas (Bolivia, Uruguay, Brasil) resurgidas en los 80

El establecimiento de relaciones diplomáticas con uno u otro gobierno no ha sido nunca obstáculo para que Cuba conserve sus relaciones de amistad recíproca con los representantes políticos del movimiento popular de dichos países. En aquellas circunstancias en que la conflictividad de los procesos internos puedan colocar en cuestión el respeto de Cuba a las normas del derecho internacional, Cuba se ha abstenido de establecer vínculos oficiales.

---

<sup>43</sup> Cfr. Fidel Castro: “Discurso de despedida del duelo de los mártires cubanos durante la intervención norteamericana en Granada” En Granma, 15 de noviembre de 1983, pp. 2-3. En lo tocante a Santo Domingo, cfr. Fidel Castro “Discurso pronunciado en la clausura de la Primera Conferencia Tricontinental”. En Política Internacional de la Revolución Cubana, t. 1, Editora Política, La Habana

La formalización de los mismos, por demás, siempre ha estado condicionada a la conveniencia de los procesos de cambio interno y externo que desarrollen los países en cuestión.

7. El gobierno de Cuba desde el propio triunfo de la Revolución ha mantenido igualmente una actitud de condena frente a las dictaduras militares existentes en la región, así como de solidaridad con los movimientos políticos y sociales (independientemente de su contenido clasista,) que se han enfrentado a las mismas. Ello se expresa, actualmente, en la positiva actitud del gobierno cubano ante los gobiernos civiles surgidos en Suramérica luego del deterioro de las dictaduras militares instauradas en la década del 60 y el 70, y en la indeclinable solidaridad que desarrolla con el pueblo chileno y paraguayo, sometidos aún por gobiernos dictatoriales.

8. Históricamente, Cuba ha expresado su solidaridad con todos los pueblos latinoamericanos (y sus representaciones políticas) comprometidos con programas progresivos de cambio y de ruptura de la dependencia latinoamericana.

Las formas adquiridas por dicha solidaridad han estado condicionadas por las circunstancias concretas de cada país, por la actitud que los gobiernos de esos países haya mantenido con respecto a Cuba, por el nivel de desarrollo de los actores sociales y políticos interesados en los procesos de cambio y por el estado general de la lucha democrática y antimperialista en el continente.

Comúnmente la solidaridad de Cuba con los pueblos latinoamericanos y caribeños tiende a identificarse sólo con la ayuda militar ofrecida a una u otra organización revolucionaria o gobierno de la región.<sup>44</sup>

El anterior enfoque desconoce las limitaciones objetivas que tiene en el país para ejecutar tal forma de solidaridad, oculta el carácter predominantemente civil<sup>45</sup> de la colaboración ofrecida por Cuba a aquellos gobiernos de América Latina y el Caribe que han mantenido, en la percepción cubana, posiciones antimperialistas y progresistas, así como la solidaridad humana expresada con otros pueblos de la región afectados por catástrofes naturales aun cuando con los mismos no existieran vínculos oficiales, estatales o diplomáticos. La ayuda en el campo de la salud pública ofrecida a Perú en ocasión del terremoto de 1970 es un ejemplo de ello; pero el más resaltante en ese orden fue el socorro de igual carácter ofrecido a Nicaragua durante el sismo que afectó a dicho país en 1973 cuando aún mal gobernaba esa nación Anastasio Somoza.

---

<sup>44</sup> Cfr. Kenneth Skoug. Op. cit.

<sup>45</sup> Para un inventario de todas las formas de colaboración civil mantenida por Cuba con los gobiernos de América Latina y el Caribe, puede consultarse “La significación de la colaboración cubana en América Latina para la integración regional”, Tesis de diploma presentada por Delfín Miró y Carlos Wong en el Instituto de Relaciones Internacionales del MINREX:

9. Desde el propio triunfo de la Revolución, la política exterior cubana reivindicó la necesidad de trabajar por la más amplia unidad posible de todos los sectores sociales y políticos del continente interesados en el desarrollo independiente de cada uno de los países de la región y en producir los cambios estructurales que el continente necesita.

La Segunda Declaración de la Habana fue explícita en reconocer que la lucha antimperialista podría vertebrar a la inmensa mayoría del pueblo (incluido los militares y las capas progresistas de la burguesía nacional, los católicos honestos) tras las metas de la transformación latinoamericana.<sup>46</sup>

No obstante las dificultades surgidas en su implementación en los años sesenta, esa política encontró continuidad en todas las acciones posteriores de la proyección internacional de la Revolución Cubana y hoy tiene asidero concreto en el amplio espectro de luchas democráticas y antimperialistas que, no obstante sus diferencias de profundidad, se desarrollan en América Latina y el Caribe. Así lo reconoció categóricamente el Tercer Congreso del PCC.<sup>47</sup>

10. Cuba siempre ha expresado su disposición a buscar soluciones políticas negociadas a los conflictos internacionales. La actitud al respecto planteada en su diferendo bilateral con Estados Unidos es consistente con la posición que ha asumido ante el conflicto centroamericano, y en particular con el apoyo brindado a cualquier solución política negociada que respete la soberanía y la autodeterminación de los pueblos de esa región.<sup>48</sup>

Tal voluntad fue claramente reiterada por el Presidente Fidel Castro en su *Informe Central al Tercer Congreso del Partido Comunista*. En él expresó que Cuba ha figurado en la búsqueda de una solución negociada al conflicto centroamericano que deberá implicar un compromiso de Estados Unidos a renunciar a sus acciones agresivas contra el pueblo nicaragüense y que no olvide la búsqueda de soluciones negociadas a la guerra civil en El Salvador y Guatemala.

El Tercer Congreso reiteró, además, la disposición cubana a llegar a “compromisos razonables para ambas partes” con el gobierno norteamericano “con independencia del abismo ideológico que separa a nuestros gobiernos”. El acuerdo migratorio suscrito entre Cuba y los Estados Unidos, cancelado posteriormente a consecuencia de la decisión unilateral de ese país de poner a funcionar una nueva emisora anticubana, fue mostrado como ejemplo de esa disposición del gobierno cubano a arribar a soluciones negociadas “cuando se

---

<sup>46</sup> Cfr. Segunda Declaración de La Habana, ed. cit, p. 168.

<sup>47</sup> Cfr. Fidel Castro. *Informe Central*, ed. cit., pp. 115-116.

<sup>48</sup> Para un análisis detallado de la política cubana antes la crisis centroamericana, ver Juan Valdés “Cuba y la crisis centroamericana”. En *Cuadernos de Nuestra América*, vol. 2, no. 2, jul-dic. De 1984, pp. 122-153.

respete nuestra igualdad soberana y se excluyan las absurdas e intolerables pretensiones injerencistas que han caracterizado, en general, la política norteamericana hacia Cuba por más de 25 años de Revolución”.<sup>49</sup>

Tal reiteración cubana fue consistente con los contactos que ya desde 1963 se habían iniciado con un emisario del extinto presidente norteamericano John F. Kennedy, interesado en buscar “algún tipo de acomodo” con el gobierno cubano; con la receptividad cubana a planteamientos similares realizados por Henry Kissinger en 1974 (entonces se desarrollaron negociaciones secretas entre ambos gobiernos y comenzó a revisarse el extenso temario de las relaciones cubano-norteamericanas); con los pasos en pro de la mutua distensión dados durante la administración de James Carter (en esa etapa se abrieron oficinas de intereses en ambos países), e incluso con las conversaciones realizadas entre el vicepresidente cubano Carlos Rafael Rodríguez y el entonces secretario de Estado Norteamericano Alexander Haig en 1981. Tal encuentro habría sido continuado con una conversación entre el actual embajador norteamericano en la ONU, Vernon Walters, y el propio Presidente Fidel Castro. Dichas conversaciones dieron lugar a especulaciones sobre un descongelamiento de relaciones; pero —según afirma Wayne Smith— la administración Reagan ignoró y rechazó sistemáticamente las ofertas de negociación y diálogo presentadas por la Habana. Las posiciones de Haig y Walters en esas conversaciones fueron redactadas para que Cuba las rechazara.<sup>50</sup>

No obstante, el anteproyecto de programa aprobado por el Tercer Congreso del PCC (febrero 1986) reiteró la disposición cubana “a solucionar el diferendo histórico en las relaciones bilaterales con los Estados Unidos sobre la base de del estricto respeto a nuestra independencia y soberanía y el cabal atacamiento a la igualdad entre los Estados”<sup>51</sup>, posición consecuente con el reconocimiento cubano de que la lucha por la paz es la más importante tarea de orden internacional que existe en la actualidad y que ella se corresponde con los intereses vitales de la humanidad. “El Partido Comunista de Cuba” —reiteró su Tercer Congreso— “considera que el socialismo y la paz son consustanciales, y, por lo tanto, contribuye con todas sus fuerzas a la realización de los principios de la coexistencia. Pacífica, y a la solución de los problemas mediante el diálogo y las negociaciones constructivas basadas en el respeto mutuo y la igualdad”.<sup>52</sup>

---

<sup>49</sup> Fidel Castro: Informe Central, ed. cit.

<sup>50</sup> Cfr. Gino Lofredo. “Cuba-Estados Unidos: 25 años de tensas relaciones”. En *Cuadernos del Tercer Mundo*, México, nov. De 1985, pp. 44-50

<sup>51</sup> “Proyecto Programa del PCC.” En *Bohemia*, no. Cit., p.48.

<sup>52</sup> *Ibíd*

## EL RESULTADO DE UNA POLITICA

Las grandes *líneas de continuidad* de la política exterior cubana hacia América Latina y el Caribe antes enunciadas constituyen un producto histórico que se arraiga en las tradiciones y el pensamiento político cubano.

El Héroe de la Independencia de Cuba., José Martí, al morir en el campo de batalla contra el colonialismo español, declaró su convicción de que la independencia de Cuba y Puerto Rico también debía evitar que los Estados Unidos cayeran, con esa fuerza más, sobre sus hermanas repúblicas americanas. A estas desde los años 80 del siglo pasado las había denominado Nuestra América para diferenciarlas de la otra América (los Estados Unidos) que la desdeña y desprecia. A los países “al sur de Río Bravo” los había exhortado a ofrecer una respuesta unánime y viril frente a la “política secular y confesó de predominio de un vecino pujante y ambicioso que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión [...] o apoderarse de su territorio [...] o para cortar por la intimidación su trato con el resto del universo [...] o para obligarlos [...]a comprar lo que no puede vender y confederarse para sus dominios”.<sup>53</sup>

El legado político martiano fue cultivado por todos los sectores de la sociedad cubana que cuestionaban la dependencia del país a los Estados Unidos y tomado por Fidel Castro como fundamento ideológico del programa de transformaciones que unió a la nación en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista. (1952-1958).

De ahí que estaba en la lógica de los acontecimientos que la lucha contra el colonialismo, el neocolonialismo y por la unidad latinoamericana contra el predominio estadounidense se convirtiera en política estatal inmediatamente después del triunfo de la Revolución Cubana, y que entre los objetivos de la política exterior se reconociera que Cuba aspira a integrarse con los países de América Latina y el Caribe liberados de dominaciones externas y de opresiones internas en una gran comunidad de pueblos hermanados por la tradición histórica y la lucha común contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo en el mismo empeño de progreso nacional y social.<sup>54</sup>

Fue esta una manera diferente de decir lo que Fidel Castro había afirmado durante su alegato en el juicio que se le siguió después de fracasado el asalto

---

<sup>53</sup> Citado por José Benítez en Martí y Estados Unidos. Editora Política, La Habana, 1983, pp.1-7

<sup>54</sup> Constitución de la República de Cuba, ed. cit.



al Cuartel Moncada (28 de julio de 1953): *Cuba debería ser (en América) baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo*.<sup>55</sup>

Sin duda alguna, la correspondencia de la política exterior de la Revolución Cubana con ese postulado ha contribuido, a pesar de retrocesos transitorios y circunstanciales, a erosionar el bloqueo diplomático, económico y político impuesto por los Estados Unidos contra nuestro país y a estrechar de forma consistente los multifacéticos vínculos de Cuba con América Latina y el Caribe.

El argumento central empleado por los grupos dominantes norteamericanos para movilizar el apoyo latinoamericano y caribeño en favor de dicha política de reversión (roll back) o contención (containment) de la Revolución Cubana fue y es demostrar por todos los medios a su alcance que los cambios que se desarrollan en Cuba son peligrosos para la estabilidad y la seguridad de las naciones del continente. Mucho más porque —según la propaganda política exterior norteamericana— Cuba pretende exportar su revolución con el apoyo de factores extracontinentales.

No obstante la intensidad de la campaña y de otros recursos extrapropagandísticos empleados como el chantaje con la cuota azucarera cubana, estos argumentos encontraron una efectividad efímera (alrededor de diez años) en la mayor parte de los gobiernos del continente.

Hoy Cuba desarrolla relaciones diplomáticas y comerciales, o mantiene canales de comunicación más o menos discretos con todos los países suramericanos, con la sola excepción de las dictaduras de Chile y Paraguay. En la denominada “Cuenca del Caribe” tiene relaciones en diferentes grados con Panamá, Nicaragua, Trinidad Tobago, Guyana, Barbados y Bahamas, mientras que en el Norte de América ha mantenido relaciones estables y fructíferas con México y Canadá.

¿Qué significa entonces el peligro de la “exportación de la revolución castrcomunista” para esa gran mayoría de los países latinoamericanos y caribeños? Todo parece indicar que esa “amenaza” no es una percepción tan fuerte como para inhibirlos de un trato normal con Cuba. Ni para los gobiernos, ni para otros actores sociales y políticos que, independientemente de signos ideológicos o políticos distintos, aceptan una relación respetuosa con el país y con su liderazgo político.

Por lo demás, Cuba se incorpora virtualmente a todos los organismos latinoamericanos existentes y a los grupos de la región que actúan en los diversos foros internacionales.

---

<sup>55</sup> Fidel Castro: La Historia me absolverá. Ediciones Populares, Imprenta Nacional de Cuba, 1961, p.59.

El discurso y la propaganda política exterior cubanos encuentran un eco creciente en todo el continente, dada su incidencia directa en áreas objetivamente sensibles de la situación continental y, muchas de ellas, conflictivas en las relaciones entre los Estados Unidos y el subcontinente en su conjunto. Y porque, a diferencia de los primeros años del triunfo de la Revolución Cubana, crece el sentimiento de unidad latinoamericana y se generaliza la convicción, aun en Canadá, de que resulta impostergable la necesidad de producir cambios en las inequitativas y asimétricas relaciones económicas y políticas con los Estados Unidos. Ello confiere absoluta legitimidad a las posiciones que en ese y otros terrenos afines mantuvo el gobierno cubano desde enero de 1959 hasta la actualidad.

En otras palabras: la supuesta “exportación de la revolución” parecería haberle granjeado más reconocimientos a Cuba en el Tercer Mundo que el alcanzado por los Estados Unidos con su política de aislamiento.<sup>56</sup> Más bien pudiera decirse —como afirma Ricardo Alarcón—<sup>57</sup> que en el empeño de aislar a Cuba están resultando aislados los promotores de un bloqueo que hoy está en franca bancarrota.

Ello constituye una expresión adicional de las tendencias al aislamiento estadounidense que hoy se fortalece en América Latina y en menor medida en el Caribe.

Las razones más profundas de esa realidad hay que encontrarlas en la incapacidad de los grupos dominantes en Norteamérica de ofrecer —como hizo en algunos momentos del pasado (*New Deal*, Alianza para el Progreso)— ningún programa que, aunque sea en el plano de las promesas, se proponga buscarle solución a los problemas económicos, sociales, políticos, geopolíticos y diplomáticos que hoy existen en la conflictiva agenda de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina y el Caribe.<sup>58</sup>

Los temas centrales de la misma se vinculan sin duda alguna a la profunda crisis económica y social por la que desde comienzos de los 80 están atravesando América Latina y el Caribe, así como la resistencia que demuestran las élites dominantes en los Estados Unidos —y específicamente la administración de Ronald Reagan— a los cambios que se vienen produciendo en las políticas internas y externas de un significativo número de países de la región.

---

<sup>56</sup> Rafael Hernández; “Perspectiva de negociación entre los EE.UU. y Cuba” artículo en proceso de publicación en EE.UU. y en la revista América Latina del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS.

<sup>57</sup> Ricardo Alarcón: “Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana”, op.cit., pp.449-459

<sup>58</sup>

Esta tendencia hacia los cambios progresivos es específicamente crítica en Centroamérica. El triunfo de la Revolución Sandinista y la insurgencia popular en El Salvador y Guatemala han cuestionado de manera directa la tradicional hegemonía norteamericana en la región, por ser un elemento directo y causal de las distorsiones sociales que el propio *Informe Kissinger*<sup>59</sup> se vio obligado a reconocer.

Ante ambas situaciones, diversos países de América Latina han venido reclamando la búsqueda de soluciones políticas y negociadas con los Estados Unidos.

Aunque no es parte directa de ninguna de las dos situaciones, Cuba ha propugnado soluciones que coinciden (en el caso de la crisis centroamericana) o que tienden a coincidir cada vez más (como la crisis de la deuda) con otros importantes actores regionales, mientras que la actual administración norteamericana —con el lamentable apoyo de otros factores de esa sociedad— se resiste a aceptar los reclamos latinoamericanos.

Las vicisitudes del Grupo de Contadora están asociadas a la intransigencia de la administración Reagan a aceptar una solución política y negociada que respete el derecho a la autodeterminación de Nicaragua y de los demás países de la región.

La aprobación de la ayuda por 100 millones de dólares a la “contra” no es más que una reiteración de su decisión de revertir (*roll back*) la Revolución Popular Sandinista y la ayuda militar al gobierno salvadoreño, al margen de no lograr su propósito de destruir al FMLN-FDR, sólo ha servido para alejar las posibilidades de una negociación interna y para radicalizar aún más el sentimiento antinorteamericano de amplios sectores de la sociedad salvadoreña. Parecería que nuevamente los métodos y medios elegidos por los Estados Unidos (como ocurrió en Cuba) se dirigen a cumplir la autoprofección norteamericana.

Lo mismo ocurre con la crisis económica latinoamericana y ante su más aguda manifestación: la deuda externa. El gobierno norteamericano mantiene una actitud displicente, desconoce que ello cuestiona cualquier posibilidad ya no de desarrollo, sino de un elemental crecimiento económico y que la situación puede producir —como ha manifestado el Presidente Fidel Castro— incontrolables estallidos sociales y hasta cambios revolucionarios en algunos países latinoamericanos.<sup>60</sup>

---

<sup>59</sup> “Informe de la Comisión Nacional Bipartidista sobre Centroamérica”. En *La Nación*, Costa Rica, 13 de enero de 1984, pp. 10-20.

<sup>60</sup> Fidel Castro: *Fidel y la Religión* (conversaciones con Frey Beto), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985. También ver Fidel Castro: *La*

En el Informe de la Comisión bipartidista sobre América Central Henry Kissinger reconoció *que se necesita paz para que haya progreso; que se necesita seguridad para que haya paz; se necesita progreso para que la paz sea duradera*,<sup>61</sup> cuestión que la administración Reagan ahora desconoce al abordar la solución del creciente endeudamiento latinoamericano.

¿Será posible modificar esta situación? ¿Será posible encontrar caminos diferentes que posibiliten un mejor entendimiento entre el norte y el sur del continente, o estamos condenados a la lógica perversa de que los cambios en la política exterior norteamericana sólo son posibles después de grandes tragedias (como la crisis del 30, o la guerra de Vietnam) o cuando el mundo se aproximó como en octubre de 1962, a una devastadora conflagración nuclear? La respuesta de la actual administración estadounidense a estas preguntas están evidenciadas en la irracional conducta que hoy mantiene ante la Revolución Sandinista y el conflicto centroamericano. También en su indiferencia frente a la crisis económica que hoy afecta a los países ubicados al sur del Río Bravo.

En consonancia con ello, Cuba reitera sus posiciones internacionales; y en particular su histórica proyección hacia América Latina y el Caribe:

Nuestra solidaridad se orienta —resolvió el Tercer Congreso del Partido—<sup>62</sup> hacia todos los pueblos del mundo y constituye en especial un compromiso histórico que data de los días de la lucha por la independencia hacia los pueblos de América Latina. Entraña la marcha unida en su batalla por alcanzar la plena independencia nacional, la justicia social y la libertad, el respeto absoluto por aquellos que son respetuosos de nuestros derechos soberanos y la lealtad a la amistad sinceramente ofrecida. El Partido Comunista de Cuba, a la par que trabajará por profundizar esos sentimientos de unidad y solidaridad, se empeñará en promover las posibilidades de integración económica en el camino hacia la conquista de una gran comunidad latinoamericana y caribeña, liberada del dominio de los Estados Unidos.

---

*deuda externa* (selección temática realizada por Martha Harnecker), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de Cuba, La Habana, 1985, pp. 168-176.

<sup>61</sup> Luis Suárez Salazar y Alfonso Casanova: “Acerca de corolario Reagan y el Informe Kissinger”. En Cuba Socialista no. 11, junio-agosto de 1984, pp. 41-76.

<sup>62</sup> “Proyecto de Programa del Partido Comunista de Cuba”. En Bohemia. no. cit, p. 48.